

«Ser fusilado supuso a Companys su dignificación para la posteridad»

La historiadora Casilda Güell rastrea los últimos días del «President màrtir»

● Lluís Companys... ¿Figura histórica o símbolo político? Güell indaga en la dimensión personal del presidente de la Generalitat, a partir de documentación inédita

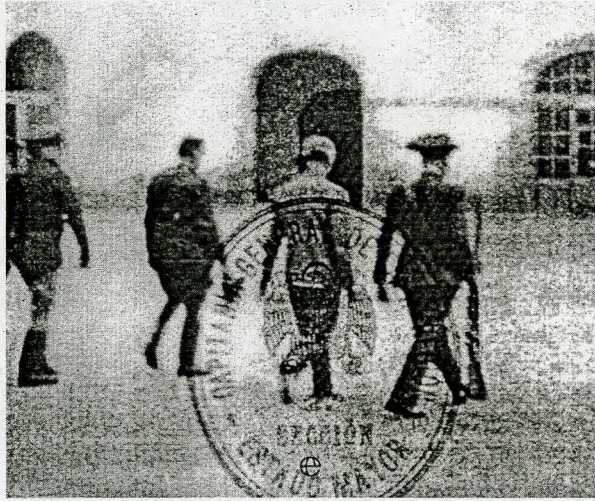
SERGI DORIA

BARCELONA. Licenciada en Ciencias Políticas por la London School of Economics y doctora en Historia Internacional, Casilda Güell lleva años investigando en torno al fracaso de la oposición catalanista al franquismo, en una tesis que dirigió el historiador británico Paul Preston. En «Lluís Companys inèdit» (L'esfera dels llibres) la historiadora presenta los documentos que localizó en el Archivo Varela de Cadiz, donde estuvo estudiando la trayectoria de José Enrique Varela Iglesias, general del bando franquista partidario de la restauración monárquica.

Fotografías previas a la muerte

Son cuatro materiales inéditos, explica Casilda Güell: «Las fotografías de Companys dirigiéndose al consejo de guerra, escoltado por la policía, pocas horas antes de ser fusilado; una carta inédita del 7 de octubre de 1940 dirigida a su mujer y que no tenemos constancia que llegara a su destino; un documento sobre el juicio militar y un informe exhaustivo de tres páginas en el que la policía franquista describe cómo se desarrolló el proceso contra el President de la Generalitat».

Recopilar estos documentos ha permitido a la investigadora abordar la complejidad de un político que evoluciona de una ejecutoria política contradictoria a la categoría de símbolo del catalanismo. Casilda Güell establece



Lluís Companys dirigiéndose a la muerte, la mañana del 15 de octubre de 1940

dos etapas en la trayectoria de Companys. La primera, se desarrolla en los años de republicanos: «Es un Companys decepcionante, que se mueve por impulsos e intuiciones, sin una línea política clara, que provoca perplejidad». Esta forma de actuar, incluso en la polémica que crea su acceso a la presidencia de la Generalitat tras la muerte de Macià, podría explicarse, según Güell, por sus orígenes familiares, como «segundón» de una familia terrateniente leridana: «De ahí su proximidad al sindicalismo cenetista y su apoyo a los «rabassaires». Entre las virtudes políticas señala «sus dotes oratorias, capaz de agitar a las masas y pro-

nunciar frases para la Historia».

El «segundo Companys» comenzaría a perfilarse en el exilio, cuando abandona la convulsa política del día a día. «Habría que estudiar a fondo esos diez meses en Francia, hasta que se produce su detención y condena a muerte: nos encontraríamos con un Companys que contempla la muerte como su dignificación personal, su triunfo político para la posteridad», apunta.

Con su fusilamiento Franco originó un mártir y cometió un error político, pero también, «eliminó al líder que, con todos sus errores y limitaciones, era el rostro de la Generalitat en el exilio», concluye Casilda Güell.

La tragedia de un hombre patético

S. D.

BARCELONA. Hasta ahora hemos conocido un Companys en su dimensión mítica. La luminosidad del «president màrtir» ha impedido columbrar las sombras personales del hombre que llevó a Cataluña a la inmolación del Sis d'Octubre. Su trágica muerte, señala Enric Vila, «no es motivo suficiente para santificarlo, sobre todo si ha de impedir analizar a fondo su vida y actuación política, que resultaría más ejemplar y aleccionadora para los que todavía amamos el país, vista sin las deslumbradoras guirnaldas de la gloria».

Enemigo de las hagiografías, —«los mitos sólo sirven para las camisetas»—, Vila se pregunta si el catalán de a pie, «deslumbrado por sus mártires, no ha perdido el oremus». En su biografía sobre Lluís Companys (L'esfera

dels llibres) el historiador y doctor en Periodismo parte de un aserto de Pujols —«la veritat no necessita màrtirs»— para radiografiar la ejecutoria vital y política de Companys: «Fue el producto de una Cataluña que no daba más de sí, un político que no dio la talla en unos años decisivos y que llegó ante el piquete de fusilamiento porque ése era su destino». A su juicio, el fracaso de Companys, al que en su juventud se le motejaba como «l'Ocellet», se debe al intento «de imitar a hombres más fuertes que él, de la ingenuidad de creer que es suficiente con ser tenaz copian-do». Grandes hombres, como el sindicalista Francesc Layret y hombres más fuertes como el Macià de 1931 o el estratégico Tarradellas.

A la frase de Pujols, el autor añade otra de Josep Pla, a modo de pórtico y moraleja anticipada: «Lluitar és feina d'homes, lluitar i guanyar és feina

d'homes intel·ligents». Con el poder, escribe Vila, Companys «acentuó sus peores defectos: la frivolidad, el narcisismo y el sentimentalismo demagógico». En el libro describe la faceta humana de este hombre ciclotímico, sus psicopatologías familiares, sus relaciones con las mujeres, el sufrimiento por su hijo esquizofrénico, su invocación del martirio y de la conciencia...

Condenado a ser políticamente incorrecto, Vila reconoce que la derrota de 1939 fue un desastre para Cataluña mucho peor que 1714, pero advierte que en lugar de cargar la responsabilidad a España y «llenar el país de mártires debemos asumir la responsabilidad que tuvimos los catalanes». En este sentido, Companys era la cabeza de iceberg de una generación de políticos poco preparados, la encarnación de una derrota anunciada. Valeroso ante el pelotón de ejecución, el hombre trágico se agigantó. Su sacrificio idealizó la República y nutrió de mitos al discurso del victimismo.

«Eusebio Arnau», una biografía del inventor de la Escultura aplicada

● Muchas son las fachadas y monumentos de Barcelona y Madrid, que guardan recuerdo de Eusebio Arnau, un gran escultor catalán al servicio del Modernismo y el Arte

JUAN PEDRO YÁÑIZ

BARCELONA. Una vida intensa entregada a la Escultura es el primer rasgo llamativo de la biografía Eusebio Arnau Mascort (8/9/1863 a 2/7/1933); lo que le permitió gozar de aquel momento álgido de las Bellas Artes que llegó a la plenitud de el Modernismo. Trabajador incansable y todoterreno vocacional, en su obra hay desde estatuas para la Exposición de 1888, las puertas de bronce del Seminario Pontificio de Comillas, el bajorrelieve de la Cripta de la Catedral sobre el traslado de los restos de Santa Eulalia, la Medalla Conmemorativa del Descubrimiento de América, «Spes» para la Expo de Chicago (1893), «La Sagrada Familia» premio Extraordinario del obispo de Vic (1896), el Hogar-Chimenea de la Fonda España (1903), la decoración del taller «Masrriera y Campins», Hogar-chimenea de la casa León Morera, la Caja de Caudales para la Exposición de Industrias Artísticas, de 1908; Modelados de la fachada del Casino de Madrid; estatuas en los Palacios de Pedralbes y de la Música o en las casas Ametller y Quadras.

Un trabajo minucioso

El publicista José Roca hablaba en 1893 de «Situación aprovechada» y también se dijo que Arnau era el inventor de la Escultura aplicada a la Arquitectura.

María Isabel Marín, hizo su tesis de doctorado sobre Arnau y ha publicado numerosos trabajos de su especialidad, entre los que destacan «Historia del Cercle Artístic de Barcelona» y «Un passeig pel cementiri del Poble Nou».

La autora ha volcado todo su conocimiento, sobre el personaje de su tesis, y su minuciosa laboriosidad en la biografía de Arnau, que se lee con creciente interés, pese a la frase de Diderot, «Hablare de Escultura, será breve». Mucho había que escribir sobre la extraordinaria etopeya del artista, pero Marín lo ha sabido sintetizar con cariño.

De interno en la Casa de Caridad a artista de moda, en una ciudad que los adoraba, Arnau supo vivir con plenitud los momentos más diversos de la vida. Algunas de sus obras se han perdido, las estatuas que decoraban los bajos de la León Morera sucumbieron a martillazo limpio, en una reforma precipitada, al socaire de un cambio de moda. Arnau supo pasar del modernismo al novecentismo, sin excesivo quebranto, y manteniendo siempre la impronta genial en su trabajo.